



Discurso por recepción título Doctor Honoris Causa del Dr. Arquitecto Joaquín Sabaté Bell¹

11 de mayo de 2018

Proyectar el territorio en tiempos de incertidumbre

Dos décadas de cambios urbanísticos

Señor Vicerrector de la Universidad Nacional de Córdoba, Dr. Pedro Yanzi; Señora Decana de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño, Mariela Marchisio, señores vicerrectores, decanos, y autoridades académicas de la Universidad Nacional de Córdoba, queridas profesoras y profesores, amigas y amigos.

Muchísimas gracias por estar hoy aquí, acompañándome en un momento tan entrañable para mi, algunos viniendo desde tan lejos, desde Europa, desde otros países de Latinoamérica o desde otras ciudades de Argentina. Me alegra asimismo ver tantas doctoras y doctores jóvenes de Córdoba, o en camino de serlo, con los que he avanzado en esa experiencia única que es la elaboración de su tesis doctoral, una de las más intensas y enriquecedoras que nos ofrece la universidad.

Quiero empezar reconociendo mi emoción y mi inmensa gratitud por el reconocimiento de tan relevante casa de estudios, La Docta, una de las universidades más antiguas e importantes de América. Es además cuna del movimiento que hace un siglo recorrió este continente, impulsando una enseñanza laica, libre y gratuita, la autonomía universitaria, el cogobierno, los concursos públicos, el libre debate de ideas y el servicio a la sociedad, todo aquello, en definitiva, que caracteriza a la universidad moderna.

¹ Dr. arquitecto y Licenciado en Ciencias Económicas, Catedrático de Urbanismo y profesor e investigador en la Universidad Politécnica de Cataluña desde 1976. Fundador del Laboratorio Internacional de Paisajes Culturales y director de la revista *Identidades: territorio, cultura, patrimonio*.

Esto nos llevará a celebrar aquí, dentro de un mes, la décima edición de nuestro *Seminario Internacional de Investigación en Urbanismo*, para reflexionar sobre la relación entre ciudad y universidad, entre ciudades universitarias y universidades ciudadanas, y sobre la contribución desde la Universidad Nacional de Córdoba y otras universidades latinoamericanas, a la construcción de nuestras ciudades.

Precisamente esta Universidad me acogió con enorme afecto desde el primer día, hace ya veinte años. Con muchas profesoras y profesores, doctores o maestros, aquí presentes, he tenido la oportunidad de compartir aprendizaje, y de avanzar conjuntamente en diversas investigaciones. Mónica Sánchez y Marilú Foglia fueron las responsables iniciales de esta relación, pues en Barcelona me invitaron a venir e impartir un curso en la Facultad de Arquitectura, al que siguieron después otros muchos cursos y diversos seminarios. Y las profesoras Cecilia Marengo y Mónica Martínez son las últimas responsables de mi presencia hoy aquí.

Aún recuerdo cuando en 1998 visité este edificio. Entré en esta sala, y me quedé impresionado y con muchas ganas de verla más detenidamente, cosa que entonces no tuve ocasión de hacer. Pero les confieso que en ese momento pensé asimismo, ¡que hermoso sería volver, a escuchar una charla o un concierto! ¡Y ya ven, quién me iba a decir que volvería en estas circunstancias!

He dedicado la mayor parte de mi vida a la universidad, a las universidades, a intentar aprender en cada asignatura, y en cada seminario, de mis compañeros, y debo reconocer que me han dado mucho más, de lo que yo haya podido ofrecerles.

Sin duda, ejercer este oficio es uno de los mayores privilegios que uno pueda imaginarse. Hoy quisiera agradecerse a las amigas y amigos de Córdoba, con quienes compartimos seminarios o intercambiamos ideas; y muy especialmente, a esta querida universidad, donde tanto he recibido, y también a todas aquellas queridas compañeras y compañeros con quienes he compartido y seguiré haciéndolo, el apasionante viaje de su tesis doctoral.

Me gustaría plantearles ahora una breve reflexión, al hilo de estos veinte años de estrecha relación con la Universidad Nacional de Córdoba.

La Universidad, y en especial los cursos de posgrado, son uno de los ámbitos más propicios para reflexionar conjuntamente sobre retos fundamentales que afrontan nuestras ciudades. Así al menos me lo he planteado siempre.

Por eso, recordar mis primeros seminarios en la Facultad de Arquitectura de esta Universidad, me permite apreciar los grandes cambios acaecidos en el campo del urbanismo, o, al menos, mi percepción de los mismos.

Recuerdo las temáticas que entonces nos preocupaban y compartí con muchos de ustedes en aquellos cursos de Maestría: como asegurar la buena forma de la ciudad, en las asignaturas “Las Reglas urbanas de la arquitectura” y “Proyectar el territorio”, tan presentes en las tesis de Mónica Martínez y en las que redactan ahora Omar París y Viviana Colautti.

O nos preguntamos por intervenciones estratégicas para transformar la ciudad, en un curso posterior, Las claves de los proyectos urbanos, que se refleja en la tesis de Mariana Debat.

O, poco después, quisimos valorar la importancia de los recursos culturales para impulsar el desarrollo local, en la asignatura Paisajes culturales, territorio y proyecto, que tiene su eco en la tesis de Fernando Díaz.

Apenas dos décadas más tarde, las cuestiones fundamentales que nos preocupan ya no son las mismas, sino, entre otras, los retos urbanísticos derivados del cambio climático; de la explosión de la ciudad en el territorio; de la creciente demanda de movilidad y de la aceleración de las desigualdades socioeconómicas en el mundo urbanizado. Pero vivimos en tiempos hipermodernos, como nos explica Gilles Lipovetsky y lo que hoy parece prioritario, puede cambiar mañana.

Afrontar el cambio climático sigue siendo un desafío fundamental, y nos obliga a aprender a proyectar con riesgos y oportunidades ambientales.

Basta mirar a Holanda, uno de los países que mayores esfuerzos dedica a proyectar su territorio y uno de los más afectados por dichas consecuencias. Durante siglos conquista terreno al mar (como ellos afirman, Dios creó el mundo, pero Holanda la hicieron los holandeses). Tan solo en el siglo XX pasa de 30.000 a 37.000 km². En cambio hoy, aplica estrictas políticas ambientales y devuelve terreno al mar, buscando un adecuado equilibrio.

La explosión de la ciudad es una expresión que describe sintética y precisamente, muchos de los crecimientos recientes. Hace años denostábamos la extensión en mancha de aceite, y las transformaciones urbanas excesivamente intensas. Hoy las añoramos, ya que los nuevos crecimientos se producen dispersos a lo largo de las carreteras, o simplemente desparramados sin orden aparente sobre el territorio.

Y aunque tiene características diversas, existen muchas manifestaciones comunes, en los casos europeos que hemos estudiado, y quizás también aquí, en Córdoba.

Crecen más los núcleos cuanto más distantes están del centro. Se trasladan a la periferia actividades industriales y terciarias de menor valor añadido.

El incremento de precios en el centro y el traslado del empleo arrastra viviendas a lugares cada vez más alejados, rellenando espacios vacíos. Esto implica una continua fragmentación y pérdida de espacios naturales.

Aparecen nodos terciarios sobre las vías principales, estamos ante una nueva forma de producción de ciudad, fundiendo núcleos y áreas poco densas. Crecen los movimientos multidireccionales, frente a los tradicionales trayectos centro-periferia, al dispersarse en el territorio población, actividades y servicios.

En tercer lugar, la movilidad se incrementa asimismo entre territorios crecientemente desiguales. Y esto conduce a otro reto crucial: atajar las desigualdades sociales y económicas en el mundo urbanizado. Hasta hace poco las ciudades eran lugares de encuentro y ascensores sociales, la urbanización era motor de desarrollo económico, social y cultural. Pero hoy las desigualdades crecen dramáticamente en el mundo desarrollado. Incluso en ciudades

supuestamente exitosas, y quizás más que en otras, se agrava la brecha entre clases, y crecen imparablemente la miseria, los desahucios y el infra-alojamiento.

Cada uno de estos desafíos se manifiesta con formas e intensidades diferentes en distintas metrópolis. No es la primera vez que esto sucede, y como en anteriores crisis urbanas, lleva a cuestionarnos el estatuto científico del urbanismo. Proyectar el territorio en tiempos de incertidumbre nos obliga a trabajar con escenarios donde un ingrediente básico, lo único estable es el cambio continuo.

Me gustaría proponer algunos principios para afrontar tantos desafíos, basados en una amplia experiencia compartida. Utilizaré como hilo conductor un plan territorial, el primero de una generación reciente, caracterizado por un esfuerzo de renovación disciplinar.

Corresponde a una etapa más de un largo proceso de investigaciones académicas o profesionales; que arranca con el análisis territorial de una comarca y que ensaya nuevos métodos e instrumentos en el Plan de la isla de Tenerife; en un Parque Agrario o en un proyecto patrimonial a lo largo de 100 kilómetros del río Llobregat; en el proyecto de una “nueva ciudad” en el Sur de Tenerife, de una extensa fachada industrial en Cataluña; o en el plan de las colonias textiles en tres ríos y el Catálogo de Paisaje de la Región Metropolitana de Barcelona.

Se trata de proyectos de escala territorial, con notables vestigios patrimoniales, y que nos plantean, una y otra vez, los mismos retos disciplinares:

¿Cómo abordar el proyecto del territorio, que vaya algo más allá de la ordenación abstracta de usos, flujos y dimensiones?

¿Cuáles pueden ser los instrumentos más adecuados de lectura e intervención en escenarios llenos de incertidumbres?

¿Cómo reconocer y proyectar la identidad del territorio?

¿Cómo traducir urbanísticamente las demandas ambientales?

¿Cómo incorporar el vector cultural en el planeamiento territorial?

Avanzo respuestas tentativas que estamos construyendo colectivamente:

- Formular escenarios diversos frente a la definición de imágenes finalistas.
- Proponer una estructura de ordenación y normativa multi-escalar y de diversas capas, frente a la zonificación biunívoca.
- Combinar estructuras físicas y narrativas.
- Traducir urbanísticamente las exigencias de la matriz ambiental.

1. Tantos retos exigen renovar modelos y herramientas de intervención y por ello avanzo el primero de los principios o criterios: adoptar una metodología basada en la superposición de capas interdependientes: de análisis, proyecto y regulación, La propusimos en los años noventa en el Plan Insular de Tenerife.

Pero 15 años después queríamos avanzar algo más, cruzar continuamente las capas, verificarlas con proyectos a diferentes escalas, relacionarlas con escenarios potenciales. Que estas capas de lectura, proyecto y regulación sean interdependientes y nos permitieran superar la zonificación biunívoca.

2. Un segundo principio es el de buscar una nueva relación simbiótica urbano-rural, con especial atención a la agricultura. Ésta resulta ya imprescindible, forma parte del metabolismo urbano, aporta energía y alimentos y construye territorios más resilientes.

Desde hace veinte años trabajamos en el Parque Agrario del Llobregat, y de la salvaguarda y puesta en valor de un espacio agrario, hemos pasado a hablar de producción, de paisaje, y, muy fundamentalmente, de alimentos.

Siempre encontraremos quien defienda que es más rentable importar los alimentos, o que ya cultivaremos en edificios, con menos tierra y más química. Pero basta fijarse en cómo crece el acaparamiento de tierras por parte de las principales potencias mundiales. Cada vez resulta más imprescindible defender la soberanía alimentaria.

Aquello que parecían proclamas futuristas “Somos de donde comemos, alimentos de proximidad, conocimiento de los alimentos y de quiénes, cómo y dónde los producen”, resultan hoy una verdadera y creciente necesidad. Por eso algunas ciudades han diseñado ya Consejos y Cartas Alimentarias.

3. Mi tercer principio consiste en valorar la forma y las vocaciones del territorio, reconociendo áreas homogéneas, definiendo usos y transformaciones admisibles.

Para ello hay que analizar las aptitudes de cada pieza del territorio, dibujar sus características geológicas, morfológicas e hidrológicas, y los cambios vinculados a su agricultura, ganadería, silvicultura, minería, o a sus recursos culturales; el estudio de los hábitat naturales y espacios protegidos, o de los riesgos con mayor incidencia territorial.

Podría expresar este principio con lo que me dijo un gran arquitecto al ver los dibujos del Plan de Tenerife: Calcando, calcando se va proyectando.

4. Un cuarto criterio es el de diseñar un sistema de espacios abiertos a escala territorial, que relacione entre sí parques urbanos, montañas, bosques, zonas agrícolas o de interés natural, a través de conectores ambientales, principalmente ríos y rieras.

Se trata, en definitiva, de traducir en términos urbanísticos conceptos de la ecología del paisaje, como teselas, bordes, corredores, *buffers* o *stepping stones*, de organizar estos elementos en un mosaico diverso y conectado, aplicando principios ecológicos.

5. En quinto lugar, hemos de aprender a proyectar con los riesgos (geológicos, incendios, inundaciones), a construir territorios más resilientes; algo cada vez más importante, atendiendo a las implicaciones del cambio climático.

Holanda nos lo muestra como eje básico de su planeamiento. Durante siglos construyó grandes obras de defensa frente a los embates del océano. Sin embargo desde principios de siglo incorpora medidas de defensa pasiva, donde los diques permiten el paso controlado del agua. Ahora programa inundaciones bajo el rotundo lema de “Más espacio para el agua”. El exceso o la falta de agua; la calidad del aire o del subsuelo, el ruido o la geología, deben jugar un cometido relevante en el planeamiento territorial.

6. Los planes deben prestar atención prioritaria al transporte público. En el que nuestro ejemplo propusimos ampliar y modernizar la red ferroviaria, convertir el tren en un verdadero metro regional, con propuestas antes inexistentes en los planes urbanísticos, como incrementar frecuencias; prolongar un trazado; implantar líneas de tranvía. Son medidas que extienden al territorio los notables logros de tantas ciudades, particularmente aquí, en América Latina. La investigación avanza de la mano de las propias compañías (vehículos eléctricos, BRT, reducción de la contaminación, apuesta por una movilidad menos intensiva en consumo de recursos de todo tipo -combustibles o vías-). Es un tema cada vez más presente en la agenda. Solo la pereza intelectual excusa acometerlo, porque como dijo Jorge Luís Borges, no hacerlo sería peor que un pecado, sería un error.

7. Los planes deberían recuperar el énfasis en el proyecto público de vivienda. En tantos lugares la demanda habitacional se afronta con bloques y torres sin consideraciones al contexto. O sencillamente se deja en manos de los usuarios, con la autoconstrucción. Los planes dedican mucha atención a lo singular, y poca al tejido general, al componente básico de la ciudad, al tejido residencial.

Es básico que diseñen el encaje de estos proyectos de vivienda pública, y mecanismos de obtención del suelo, aplicando criterios, como por ejemplo:

- Atender a la forma del territorio y vincular los ámbitos residenciales a la red de transporte público y a las áreas de trabajo, para reducir la demanda de movilidad.
- Alcanzar densidades razonables que posibiliten la adecuada provisión de dotaciones y servicios.
- Buscar la contigüidad con los núcleos existentes, priorizar el relleno a la extensión y recuperar el déficit de equipamientos y espacios libres.
- Mezclar tipologías, clases sociales y funciones, residencia y actividad económica compatible, dedicando una proporción importante a viviendas protegidas.

Así se planteó en una operación, notablemente ambiciosa, en más de cien áreas residenciales estratégicas repartidas por toda Cataluña. O con idéntica ambición para integrar una treintena de barrios de favelas en São Paulo, con el Plan Renova.

8. En el siglo XIX higienistas y científicos sociales, como Friedrich Engels, y, muy particularmente, Ildefonso Cerdá con su magna Monografía estadística de la clase obrera, producen una rica cartografía social. Dicha tradición se mantiene en los estudios de tantos centros históricos, pero se pierde en las últimas décadas.

En momentos en que crece la brecha social, la población es cada vez más urbana y más vulnerable, volver a cartografiar sus condiciones de vida me parece inexcusable.

9. Esto debe ir vinculado a una atención creciente a esas minorías más vulnerables. Nuestra sociedad esta últimamente muy sensibilizada con la supervivencia de las abejas; o de tantos otras especies en peligro de extinción.

Tuve la ocasión de participar en un proyecto de rescate patrimonial en Tierra del Fuego, al Sur del Sur, en Chile. Y uno de nuestros esfuerzos consistió en documentar los escasos vestigios de los habitantes originarios, los onas.

Por ello me impresionó leer hace unos años que había muerto Virginia Choinquitel, la última ona. La noticia pasó casi desapercibida, ocupó muy poco espacio, apenas una gacetilla, en los periódicos. Pero con ella desaparecía el último testimonio de una rica cultura milenaria. Es fundamental atender a culturas realmente amenazadas. Cerca de aquí, al Sur de Brasil o en Paraguay, la soja y la codicia humana están acabando con más paisajes naturales y culturas, como la guaraní, que muchos ejércitos invasores. Es urgente rescatar y preservar patrimonio, tradiciones y culturas, y trabajar para mejorar las condiciones de vida, o la propia vida, de los constructores de estos paisajes. Y existen muchas minorías vulnerables en nuestras ciudades.

10. Finalmente propongo introducir el patrimonio cultural en los planes territoriales. Como muchos de ustedes conocen, así lo propusimos en un trabajo iniciado veinte años atrás para estructurar los recursos culturales a lo largo del río Llobregat. Se nos ocurrió defender que se trata del río más trabajador de Europa, porque es explotado durante siglos, casi desde su nacimiento, para mover molinos y turbinas, para alimentar industrias y poblaciones, para crear pacientemente un delta agrícola, para ser embalsado, y acabar exhausto y sin apenas caudal en su desembocadura. ¿Por qué no explicar pues la historia del desarrollo industrial de Cataluña siguiendo el curso del río?

Identificamos varios ámbitos y episodios históricos. En cada uno de ellos planteamos un proyecto, seleccionando y jerarquizando los recursos relacionados con el tema escogido; explicando una historia; proyectando itinerarios, accesos y un centro de interpretación, involucrando a los agentes locales.

Eso ha impulsado el desarrollo de cuatro Parques Patrimoniales, el del Carbón, de las Colonias Industriales, el de la Acequia medieval y el Parque Agrario del Delta. Constituyen los primeros frutos de un proceso de reactivación de una cuenca fluvial a partir de la valorización de sus recursos patrimoniales. Es un modelo económicamente más viable, ambientalmente más sostenible y atento a la identidad de cada territorio, y socialmente más justo.

Constituyen los primeros frutos de un proceso de reactivación de una cuenca fluvial a partir de la valorización de sus recursos patrimoniales.

En todos estos proyectos es fundamental diseñar una estructura narrativa clara. En Minas Gerais (Brasil) se consiguió que una gran empresa minera se comprometiera a mejorar la calidad del territorio, con propuestas que giran en torno a: minería y ciudad, minería y vegetación y minería y agua. En Tierra del Fuego, al Sur del Sur de Chile, nuestro proyecto se basó en las sucesivas culturas que contribuyeron a conformar este territorio. Y en la Sierra de

Tramontana, en Mallorca, en diseñar itinerarios para mostrar los vestigios de diversas culturas en el territorio, para atraer visitantes singulares, que sepan apreciar estos paisajes.

Creo que en nuestros planes y proyectos debemos profundizar en una metodología basada en la combinación de capas de interpretación, ordenación y regulación interrelacionadas; en continuos cambios de escala de lectura y proyecto; en la valoración de escenarios diversos y de estrategias para posicionar ciudades y territorios; en la voluntad de traducir urbanísticamente los requerimientos ambientales y de definir un sistema territorial de espacios abiertos; en la búsqueda de equilibrio entre los requerimientos ambientales, funcionales, técnicos y económicos de las infraestructuras; o en imaginar proyectos territoriales basados en los recursos culturales.

Estoy convencido de que las ciudades, nuestras ciudades, no son el problema, sino la solución. Son, en definitiva, el mayor invento de la humanidad; y por ello debemos cuidarlas, desarrollando instrumentos de lectura, proyecto y regulación, capaces de imaginar su transformación continua.

Es nuestro deber, es nuestra pasión, y es uno de los retos más importantes a los que se enfrenta hoy nuestra disciplina.

Agradezco a los presentes su amable atención; a esta querida Universidad la distinción recibida y el afecto de todos estos años; a los que hoy están en nuestra memoria; y a los que me han acompañado en una enriquecedora aventura universitaria.

A todos, muchas gracias.